



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MARCIAL DOUGAN

Lo que esconde la montaña

[Fragmento]

Edición impresa

Marcial Dougan, *Lo que esconde la montaña* (2012)

En

Marcial Dougan (2012) Responsabilidad (ed.) (Año) *Lo que esconde la montaña*. Barcelona: Carena. (pp. 91-99)

Edición digital

Marcial Dougan, *Lo que esconde la montaña* (2015). Fragmento

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Diciembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Lo que esconde la montaña

Marcial Dougan

El alumbramiento fue el mayor acontecimiento vivido por Bea, no solo en su nuevo hábitat, sino también en toda su vida. Lo que en teoría debería ser un parto difícil por las escasas condiciones, transcurrió con total normalidad. Ayudada por las expertas manos de las “comadronas”, dio a luz a una preciosa niña.

A la inexplicable sensación placentera por ser madre, hubo que añadirle la agradable sorpresa de comprobar la exquisitez del trato que recibía por parte de todos. Sus miedos de primeriza pasaron rápidamente a ser historia. Excepto amamantar a la niña, no le dejaban realizar ninguna otra tarea. Se encargaban tanto de su cuidado personal como del de la niña. Le pusieron de nombre Bisila.

Eso sí, tenían unas prácticas extrañas de las que Bea pensó: “Si alguna vez logro volver a la civilización, tendré que averiguar si allí también existían”. Por ejemplo, cada mañana le preparaban un baño, por no llamarlo una tortura. Le hacían sentarse y levantarse repetidamente en un recipiente que contenía agua hirviendo, a la que previamente habían añadido unas hierbas medicinales. Esto, según le explicó Moiche, era para tensar y purificar la matriz y resto de zonas internas. Llamativos también eran los tres baños al día como mínimo que daban a la niña, acompañados de otros tantos masajes y ejercicios de estiramiento y flexibilidad dignos de las mejores bailarinas del Bolshoi ruso.

Pero lo que verdaderamente les cambió la vida a todos ellos fueron las ceremonias tribales de presentación de la niña a “los espíritus”. Se produjeron a las pocas semanas de nacer la niña, como era tradición en la aldea. La noche anterior, Moiche le había anunciado:

– Mañana temprano tenemos que llevar a la niña a la casa mayor de los espíritus para realizar la ceremonia de presentación.

Bea no le concedió al pronunciamiento ningún interés especial, total, pensó, “será otra más de las múltiples expresiones de sus costumbres”.

Según lo previsto, al día siguiente se dirigieron a “la casa de los espíritus”. Era una diminuta cabaña, mucho más pequeña que las demás. Eso sí, bastante alejada del resto. No tenía ni puertas ni ventanas, solo una abertura frontal que daba acceso a la única estancia. Su aspecto era estremecedor; a la falta de ventanas, había que añadirle un sinfín de calaveras de distintos animales colgados del techo de la cabaña. Otros restos óseos, además de multitud de amuletos, adornaban las paredes.

Los colocaron sentados en unos troncos de madera apoyados en los laterales de la cabaña, dejando el centro para una gran hoguera que previamente alguien se había encargado de encender. Bisila descansaba en brazos de su madre, mientras Moiche, su padre, quien rara

vez se dejaba ver, y el abuelo se sentaban a ambos lados de ellas. Enfrente se sentaban el ayudante del médium y otras dos señoras a quienes Bea no recordaba muy bien aunque sus caras le resultaban familiares. Completado el grupo, sin apenas espacio para colocar su pequeño cuerpo entre los enormes culos de las señoras, se hallaba una chiquilla de unos cinco años.

Empezó el ritual, con unas ofrendas a los espíritus, que se depositaron en frente del médium. Este, tras invocar, continuó con los ritos. Untaron a Bisila con unos desconocidos ungüentos, para acabar por darle un nuevo nombre.

– No te traduzco toda la ceremonia porque van muy rápido. Sí te puedo decir que le han dado por nombre espiritual el de “bôtacó”. Se podría traducir por “novedad”.

– Muy bonito, aunque no podemos decir que hayan sido muy ingeniosos.

La ceremonia continuó por lo que se supone que deben ser los cauces habituales, hasta que, de repente, Bea escuchó que le decía Moiche:

– Bea, el espíritu se dirige a ti.

– ¿Y qué se supone que tengo que hacer?

– Nada, solo saludarle, explicó Moiche, ya te traduciré si hay algo interesante. Repítele esto: le saludo, abuelo.

– Le saludo, abuelo.

– Él también te saluda –volvió a traducir Moiche, antes de permitir continuar.

El médium seguía hablando, pero, por las reacciones de los allí presentes, Bea intuyó que algo realmente importante se estaba diciendo. Confió en que más tarde Moiche se lo explicaría.

Se produjo un intercambio de frases entre Moiche y su padre, pero rápidamente intervino el abuelo y en tono imperativo se dirigió a Moiche. Este, a regañadientes, por fin explicó dirigiéndose a Bea:

– Los espíritus están muy contentos de tenerte aquí temporalmente entre nosotros. Dicen que te impulsa una doble fuerza, aunque serás tú quien tenga que realizar el mayor esfuerzo para conseguir abrir puertas jamás franqueadas.

– Agradezco los cumplidos, pero ¿qué significa temporalmente?, o ¿eres tú quien no ha sabido encontrar las palabras adecuadas en la traducción?

– Eso mismo he querido aclarar cuando mi padre y mi abuelo me han recriminado y me han obligado a repetirte tal cual lo dicho por los espíritus.

– Está claro que a ambos esa supuesta temporalidad nos afecta e interesa, quizá con ligeras variaciones según el punto de vista de cada uno de nosotros. Pero, a pesar de no ser seguidora de vuestras tradiciones, no perderíamos nada interesándonos un poco más sobre el asunto.

– Vale, vale, seguiremos hablando del tema más tarde, ahora vamos a seguir con el resto de la ceremonia.

Moiche rehuyó su mirada, y se quedó bastante serio, con un gesto de preocupación evidente. Su mirada, aunque permanecía fija y clavada en el fuego de la hoguera, estaba totalmente ausente. Era sorprendente, a pesar de las diferencias raciales, culturales y de edad, el grado de compenetración que habían alcanzado. A veces, creía que hasta podría leerle el pensamiento. Como en estos momentos, él más que ella, por aquello de su firme creencia en los espíritus, seguro que tampoco paraba de darle vueltas a la interpretación de “temporalmente”.

En cuanto concluyeron los rituales, Moiche fue de los primeros en salir, aunque permaneció allí, en espera del abuelo, que se retrasaba. En su condición de jefe de los ancianos, continuamente tenía que departir, ya fuese con alguno de éstos o con cualquiera que precisase algún consejo o interpretación de las leyes y creencias. Tras emplazar a sus dos interlocutores a seguir mañana, se acercó a ellos.

– Hola, ¿cómo esta mi nieta? –saludó en un más que aceptable inglés, para sorpresa de Bea.

– Hola, no sabía que Moiche le estaba enseñando mi idioma.

– Solo un poquito, y ya ves que no sé decir bisnieta –continuó, pero ya más serio y hablando en su dialecto, se dirigió a Moiche. –Sé que me estáis esperando y me imagino por qué. No tienes que estar preocupado por las palabras del espíritu, primero hay que descifrar su contenido, y solo cuando sea pronunciado con claridad, será cuando se conviertan en vaticinios. Habla con tus padres, que preparen las cosas para llamar a los espíritus de tu mujer.

– Abuelo, pero si ella no es de aquí; además, al principio, me dijisteis que era o una diosa o una enviada divina, ¿desde cuándo una diosa puede tener espíritus?

– ¿Y desde cuándo una diosa puede tener marido y descendencia? Aunque así fuera, ¿por qué precisamente contigo? Mira –continuó, poniéndose serio y abandonando el tono burlón de las últimas frases–, yo opino que Bea es una enviada divina, pero no una diosa. No obstante, cuando se pronuncien los de allí –dijo señalando con el dedo hacia arriba–, saldremos de dudas.

– De acuerdo, abuelo, me pondré en contacto con mis padres y se lo traduciré a ella. Hasta luego.

– Hasta luego, abuelo –se despidió Bea.

La inquietud por descifrar la ambigüedad de las palabras pronunciadas en nombre de los espíritus por el médium aceleró los preparativos para el “día” de Bea.

Igual que en las ceremonias anteriores a las que habían asistido, llevaron comida preparada, aguardiente local, leña y, en este caso, un animal para sacrificar. La madre de Moiche realizó las ofrendas en nombre de Bea y a ella la colocaron en un lugar privilegiado, en el primer asiento.